Angelo Scola, *Una nueva laicidad, temas para una sociedad plural*, 2007, Madrid, Ediciones Encuentro, Fundación Universitaria San Pablo CEU, 183 p.

RECEPCIÓN: 21 de abril de 2008.

ACEPTACIÓN: 25 de agosto de 2008.

Reflexiones ágiles y al mismo tiempo profundas; un vistazo a las cuestiones más relevantes de la discusión cultural actual es el contenido de *Una nueva laicidad*, el libro escrito por Angelo Scola desde su identidad como “hombre de Iglesia” para “atravesar los terrenos arduos y complejos de lo humano” (p. 12). Un ejercicio que conscientemente emprende dentro de una sociedad postsecular en la cual, como afirma Habermas, tanto las mentalidades religiosas como las mundanas están obligadas a tomar en serio sus aportaciones mutuas, y bajo la convicción de que —en expresión de Ratzinger— en nuestras civilizaciones plurales “hablar de ética global es de hecho algo abstracto” (p. 16). Con ambos supuestos, Scola sostiene que la convivencia pacífica y el mantenimiento de la esperanza humana exigen al mismo tiempo *aprender y autolimitarse*.

Para el autor, el tono del debate actual sobre “la laicidad” resulta amargamente insatisfactorio, porque no es capaz de compaginar equitativamente derechos y deberes, identidades y diferencias. El hecho es que la persona nunca existe como *mónada* y por lo mismo está inexorablemente referida al *tú*, de modo que toda persona necesita “reconocer al otro como sujeto diferente y dotado de igual dignidad y derechos” (p. 17), al tiempo que revitaliza a Foucault al señalar que todo vínculo humano se encuentra caracterizado por la necesidad mutua, implicando un poder recíproco. De estas suerte, las dimensiones estructurales y constitutivas de la sociedad son: *relaciones, reconocimiento y poder*.

La sociedad se expresa en comunidades próximas como la familia y las agregaciones que surgen de las pertenencias religiosas o de la identidad agnóstica,

RESEÑAS

y en comunidades secundarias, pero decisivas, como la empresa, los sindicatos y los partidos. “Sociedad civil significa pues esencialmente *diálogo*, *narración* recíproca de la propia subjetividad, al mismo tiempo personal y social, a partir de lo que inevitablemente se tiene en común como *bienes de carácter material y espiritual*” (p. 19).

El *reconocimiento* se vuelve esencial para proseguir armónicamente en un ambiente de potencial conflicto: “una laicidad plena requiere las mejores condiciones posibles para promover sujetos personales y sociales atentos al diálogo”, o bien, “será necesario ante todo que la instituciones fomenten *el valor práctico del mismo estar en sociedad*” (p. 22). Justamente esta necesidad de diálogo lleva al autor a excluir a propósito un acuerdo sobre dicho valor y a poner entre paréntesis toda fundación en la *verdad*, evitando así la discusión sobre la legitimación del Estado con referencia a premisas de tipo metafísico, religioso o ético.

Al ser hoy el Estado la instancia superior, pero no sustitutiva, de la integración de estas comunidades, si quiere regularlas no puede identificarse con los intereses particulares de ninguna de ellas; ha de proteger el debate de las ideas y valorar la sensibilidad e historia del pueblo, armonizando el interés general con la salvaguardia de los derechos de las minorías.

El Estado laico no puede ser *neutral*, en el sentido de volverse indiferente a los valores y cultura del pueblo; así que tampoco puede atacar los valores religiosos o las instituciones sociales, como la familia, bajo el amparo de una supuesta neutralidad, porque *de facto* lo que estaría haciendo es inspirarse en los valores contrarios. Éste es el verdadero dilema de la *convivencia democrática* en el llamado *Estado laico* y no simplemente la expulsión de la religiosidad del espacio público.

Angelo Scola toma como ejemplo paradigmático a Venecia (de la cual es actualmente el Patriarca), tocada por una larga tradición de contacto con toda clase de culturas, en virtud de su actividad marinera y mercantil, y al mismo tiempo, caracterizada por una historia de equilibrio curioso entre autonomía del poder temporal del Papa y firme adhesión de la República a la fe católica.

Hasta aquí el “replanteamiento” de la laicidad que desarrolla Scola, luego del cual emprende, en tan sólo 183 páginas, un recorrido que abarca los temas más debatidos de la actualidad. En el presente comentario, me ceñiré solamente a una de las cuestiones tratadas en este interesante texto, invitando a mi amable lector a que se remita directamente al documento original y goce de la obra completa. Me remito al capítulo 3: *Religiones y política*, en el cual

Scola comienza sosteniendo que la actual es una época en que “los grandes relatos” (Lyotard) han retornado, desmintiendo la previsión ideológica de que el siglo XXI sería un siglo en el que los fenómenos religiosos perderían toda relevancia. La época contemporánea no puede llamarse un *mundo mundano*, sino un mundo de “sacralidad salvaje”.

En la particular dialéctica entre cristianismo y modernidad que caracteriza a Europa, Scola reconoce la saludable distinción entre religión y política, que ha puesto en jaque una “cierta deriva ideológica de la misma experiencia cristiana [...] una concepción *doctrinalista* que reduce la verdad revelada únicamente a un «sistema de proposiciones conceptuales del que se *deducen* los aspectos particulares de la realidad»” (p. 35).

El error de esta impronta consistió en negar el carácter inaferrable de los eventos históricos y en minusvalorar la relación entre verdad y libertad. “La modernidad europea ha podido, en cierto sentido, *forzar* al sujeto cristiano a esta mayor autenticidad, [pero hay que afirmar también que] lo ha hecho precisamente gracias al núcleo esencial y permanentemente vital de la misma fe cristiana. [...] Me refiero —escribe Scola— al principio de la *diferencia en la unidad* que vive en el misterio de la Trinidad y que, en virtud de la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo, atraviesa la historia para convertirse [...] en principio de comprensión y valoración de toda diferencia” (pp. 35-36), no sólo tolerada, sino exaltada, y por ello origen indirecto de la democracia misma.

Scola sintetiza los diversos momentos de sustitución de la relación religión-política que subsistió hasta el siglo XVI y que hoy se confunden justamente con ella: intento de reducir a una de las confesiones religiosas todas las rivales; intento de remontarse a una supuesta religión natural universal; intento de atribuir a la política el papel catalizador desempeñado anteriormente por la religión; y, finalmente, intento de adherirse a una moral provisional y escéptica. El resultado ha sido doble: el *uso político de la religión* y la *reducción de la religión a hecho privado*.

La caída en la *in-diferencia* frente a las religiones (Vigna, Zamagni) y la necesidad de la razón de desembararse de la intrusión religiosa (Kelsen), que hoy hacen que “laico” se identifique con a-religioso y anti-religioso, desconocen la capacidad de las personas religiosas de construir laicidad a partir de sus propias tradiciones (David Novak) y la exigencia de las democracias plurales de contar con premisas normativas que el Estado mismo es incapaz de generar (Böckenförde, Habermas).

RESEÑAS

Comportarse “como si Dios no existiera” destruye valor en la sociedad, mientras que el principio de la *diferencia en la unidad* pone remedio a la insuficiencia del modelo liberal. Las religiones, en efecto, son un “capital social”; un capital necesario de confianza y de ideales compartidos, sin los cuales la democracia “degenera en pura administración de los conflictos entre intereses contrapuestos” (p. 40).

Paradójicamente, mientras que la explosión de “la civilización de la Red” reduce el peso de los cuerpos intermedios, el *mestizaje de civilizaciones y culturas*, que especialmente se verifica en Europa —a veces violentamente—, ha hecho evidente que la supuesta solución consistente en marginar la religión de la esfera social es obsoleta.

El autor propone enseguida la solución que a sus ojos reclama la actual situación: “una *esfera pública plural y religiosamente cualificada* [lo que quiere decir que cada sujeto debe encontrar identidad en su propia pertenencia religiosa], en la que las religiones desempeñen un *papel de sujeto público*, bien separado de la institución estatal y bien distinto dentro de la misma sociedad civil” (p. 41). Así, el poder público debe evolucionar desde la tolerancia pasiva hasta la apertura activa.

El Estado ha de ser no confesional, pero al mismo tiempo debe dar a cada cual la ocasión de aportar desde su propia identidad; si quiere ponerse al servicio de la persona, ha de abrirse ciertamente a las exigencias últimas que la constituyen: deseo de libertad, de felicidad, de realización, y dado que los valores que constituyen el fundamento de la democracia no son abstractos, sino que han arraigado siempre en tradiciones particulares, es imprescindible aceptar sin temores el carácter prepolítico y religioso de la axiología democrática.

En los capítulos sucesivos, Scola se refiere al diálogo, al testimonio, a la ciencia, al mito de lo que llama el *androgenismo cultural*; recorre los caminos de la búsqueda de sentido característica de nuestro tiempo, confronta la certeza vital de Agustín con el escepticismo rampante, propone la Cruz de Cristo como camino de Verdad y Vida, se *encuentra* con Péguy y el ideal de la *vida buena*, afronta bajo este paraguas la cuestión ecológica, las discusiones bioéticas y el *fin de la historia* de Fukuyama. Más adelante, subraya la relación inextricable entre educación y progreso, acomete contra el modelo de escuela única y clarifica el papel del Estado en el terreno educativo, para recuperar ahí mismo a la persona y al sistema educativo como sujeto “coral” del saber. Scola retoma el tema del amor, que ya había desarrollado en “Identidad y diferencia” (1989, Madrid, Encuentro) y expurga la tesis del “*gender*”; luego habla de las relaciones

entre trabajo y capital, y poco a poco, se introduce al mundo de la economía y los nuevos estilos de vida, acotando los beneficios del mercado y el consumo. Curiosamente, el autor va entonces al mundo del “descanso” y la necesaria *pro-vocación* de la belleza para regenerar al yo, y retoma la cultura medieval como modelo de valorización del tiempo. Al acometer el tema ecológico, Scola introduce el criterio de *Dios Padre “todo en todos”*. Realiza un detallado análisis de la necesidad de edificar la paz, que —afirma— es un ideal y no una utopía. Enseguida habla de la Iglesia como custodio de la belleza, del arte-liturgia y de la lógica sacramental. Y, finalmente, llama al hombre moderno a preguntarse cómo *acomodarse en la finitud*, a propósito de la vida y la muerte.

Sin duda, Angelo Scola realiza en este libro un ejercicio —breve, pero punzante— para responder a algunas de las preguntas más acuciantes de la vida contemporánea, y lo hace sin empachos desde su identidad como católico, consciente de la dignidad racional y cultural de la fe.

Una nueva laicidad, temas para una sociedad plural de Angelo Scola es la traducción de *Una nuova laicità*, ambos aparecidos en 2007. Como el título sugiere, no se trata más que de una propuesta, que como el autor declara, parte de esta doble convicción: que todos los hombres tienen una experiencia elemental común “entretejida cotidianamente de afectos, trabajo y descanso” (p. 12); y que todos somos hijos de “un Padre amorosamente exigente” (*ibidem*) que conduce la historia. E insiste “son sólo apuntes para una propuesta” (p. 13): el cristianismo no puede ser más que una propuesta continua a los diversos, pues Cristo mismo, siendo Verdad, se ha *propuesto* a la libertad finita de cada hombre con tal desprendimiento, que estuvo dispuesto a ofrecer su vida por ella.

ARTURO ORTEGA IBARRA
Escuela de Ciencias Económicas y Empresariales,
Universidad Panamericana